

TENDENCIAS

A&E-9838

Recordando
a Violeta

JOSE RODRIGUEZ ELIZONDO

Como se sabe, los momentos chilenos no suelen erigirse a partir del juicio de la Historia. Más bien, son parte de los argumentos que algunos esgrimen para enfrentar los pleitos históricos desde posiciones de fuerza. Digamos, desde un pedestal.

Según esta enrevesada lógica estatutaria, el elogioso juicio popular, nacional e internacional sobre Violeta Parra, demostraría que no es necesario apresurarse con su monumento. O que no lo necesita para acreditar, ante nadie, que fue una de las más grandes artistas chilenas de la Historia.

Ello explicaría, tal vez, el retardo de la convocatoria para constituir la comisión pro monumento a Violeta. Según la información, a más de un año de dictada la ley respectiva, los comisionados no hacen diligentes y a nadie se le ocurre polemizar, siquiera, sobre la eventual ubicación de la obra.

ALMA EN LOS OJOS

Como muchos chilenos, este servidor comenzó a percibir su dimensión a través de ojos extranjeros. Fue en una de esas escuelas de verano concurridas, de mediados de los años 50, cuando los becarios uruguayos y argentinos llegaron a Chile enchochecidos con Violeta. Para ellos, era tanto o más grande que Atahualpa Yupanqui "y ustedes, aquí, tan impávidos", me reprochaba Lidia Estrin, una bella, chiquita y veinteañera poeta judía de Buenos Aires.

Al parecer, a pedido previo de esos admiradores, Violeta estaba contemplada en las actividades culturales de esa escuela. Y, como a ella le gustaba el ambiente universitario, llegaba todos los días a las aulas y a los comedores con su guitarra y con su hijo Angel, quien la acompañaba por intereses propios. Entre la infancia y la adolescencia, él era ya lo bastante precoz como para tratar de enamorarse a la pequeña Lidia.

El hecho es que Violeta sobrepasó totalmente las exigencias del programa. Fueron dos semanas en que nos reuní y agasajé, con café y vino, en su agitado departamento del centro santiaguino. Allí componía canciones para nosotros, celebrando alegrías y cumpleaños, con su facilidad pasmosa para versificar. Entre estrofas y estrofas no dejábamos de notar, claro está, el cariño y las miradas

especiales que regalaba al más guapo de esos argentinos.

Es que, en esa su madurez cuarentena, ya había aprendido de Gustavo Adolfo Bécquer que "el alma que hablar puede con los ojos/ también puede besar con la mirada". Sus ojos se habían hecho tan inteligentes y expresivos, que a través de ellos —si quería— podía transmitir el poderío de su arte y su consolidado himno al amor y a la vida. Por lo mismo, en aquellos andares de canto, vino y guitarra, todos aprendimos que Violeta no necesitaba ser hermosa para seducir. De hecho, los jóvenes de ese verano nunca advertimos que no era una mujer bella, cosa que, por cierto, ella sabía y pregonaba: "Gracias a Dios que soy fea", cantó en una de sus décimas.

MONUMENTO MUSICAL

Los analistas de vidas humanas podrán decir, tal vez, que no fue consecuente con su canto más excelso. Porque, tras dar *Gracias a la vida*, tras haber escrito que "la vida es una fortuna/ vistosa, próspera y bella", nos dejó desolados para siempre, sólo una década después de estos recuerdos. Exactamente, ese 5 de febrero de 1967, cuando decidió rendirse ante "la Flaca", como llamaba a la muerte, ofreciéndole su vida con un balazo.

Desde entonces, el verdadero monumento de Violeta recorre el mundo. Lo

transportan quienes saben interpretar sus canciones. Entre ellos, conjuntos chilenos como el Quilapayún, Inti Illimani e Illapu, las argentinas Mercedes Sosa y Susana Rinaldi, los españoles Joan Manuel Serrat, Paco Ibáñez y Raphael, la norteamericana Joan Baez, el uruguayo Daniel Viglietti. En la vanguardia de tan distinguido y ecuménico conjunto de intérpretes, marchan sus hijos Angel e Isabel y todo el clan de los Parra.

Podríamos agregar que, en cuanto hija de su tiempo y de su condición chilensis, ella tomó partido por los más desvalidos, con la misma emoción de José Hernández en Martín Fierro. Si éste cantaba que "son campanas de polo las razones de los pobres", muestra Violeta reforzaba la metáfora, reclamando porque "a la fosa van las penas del mendigo" y porque "justicia en la vía no existe p'a los rotos".

Sin embargo, en ella nunca hubo odio. Por eso, supo legitimar la reconciliación, actuando como una adelantada de los chilenos que hoy luchan por una democracia desarrollada. En su autobiografía en décimas hay una que todos los chilenos deberíamos repetir, hasta aprenderla:

*Mas, con la muerte se olvidan
las cuentas más espantosas,
parece que allí en la fosa
las almas se purifican.
Mi rabia se sacrifica
del ver al poco feno,
y a sus parientes enluta'os
haciéndose moscas muertas,
que digo con voz abierta:
que Dios lo haga perdona'os.*

Ahora, cuando Violeta cumpliría 80 años (si no nos hubiera flaqueado), el tema de su monumento material merecería un poquito más de atención. Al fin y al cabo, es necesario no para recordar a Violeta —que bien se recuerda sin esa estatua en todo el mundo—, sino para demostrar que Chile está dejando de ser ingrato con sus mejores artistas.

Mañana
Análisis Internacional
Marcos Robledo Hoecker

Recordando a Violeta [artículo] José Rodríguez Elizondo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Rodríguez Elizondo, José

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recordando a Violeta [artículo] José Rodríguez Elizondo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile